

DE JOTERÍAS, TUMBOS Y RECORRIDOS EN UN TEXTO DE ANTONIO MARQUET*

*No soy resistente, por el contrario,
me siento superviviente¹*

El libro de Antonio Marquet, *El Crepúsculo de Heterolandia otrora llamado Mester de jotería*, ofrece un conjunto de ensayos sobre la cultura de las exuberantes tierras de la Nación *Queer*, como la segunda tapa lo señala. Sin embargo, no se puede quedar en un simple recorrido de cartelera. El autor a lo largo de las presentaciones de las distintas expresiones culturales mantiene una mirada crítica desde lo *queer*, que contribuye así a develar las distintas formas de discriminación que la gaycidad, en todas sus expresiones enfrenta, como se observa en la tercera tapa.

El Crepúsculo de Heterolandia pone ante nosotros la riqueza y multiplicidad cultural de distintas expresiones del ser gay. Riqueza que algunas veces espanta y la mayor de las veces nos arranca una sonrisa,

* Comentario al libro *El Crepúsculo de Heterolandia* de Antonio Marquet, presentado en la Feria Internacional de Libro de Guadalajara el 1 de diciembre de 2006.

¹ Cita del texto sobre el final de la película francesa *La Haine*, pág 61.

sino es que el dolor, para dar cuenta de una realidad que durante tanto tiempo ha pretendido mantenerse oculta. Pues así, desde los más diversos rincones, sale a luz con ese discurso tan gay que, con un lenguaje florido, reafirma lo antisolemne.

Parte de una revisión sobre el abordaje de la homofobia, elemento crucial en la definición de las prácticas y de la identidad misma, para adentrarse en las distintas expresiones culturales en la Ciudad de México. Nos muestra así una “variedad de experiencias, diversidad de parejas que transforman al gay en cazador solitario atrapado en la paradoja de salir a buscar una presa, pero al momento en que se apodera de ella, dejarla libre tras un breve intercambio”....

Así funciona la división de la comunicación alma a alma en la amistad gay y cuerpo a cuerpo en la labilidad de la pareja gay. Confío en mi amigo; desconfío de quien demanda afecto: tal sería una constante de la vida emotiva gay. Se privilegia el placer a costa del amor; la seducción a costa de la vida en pareja, el tamaño o la turgencia a la persona, el jadeo a la palabra, cerrar los ojos a sortear los riesgos de conocer al otro. La emoción, el estremecimiento del

encuentro se transforma en la amarga conciencia de que uno se convirtió en uno más de la noche. La imagen ideal aplaude a quien no demanda y por lo tanto a quien no ama; a quien, supuestamente, lo tiene todo; a quien nada necesita. Quizá por ello, la divisa de nuestra época en cuestiones amorosas es estaré mientras me procures placer, sin que pidas nada a cambio, sin que establezcas otra demanda, ni siquiera la de tu derecho al placer. Estaré ahí si tú propones perder los sentidos conmigo. No hay posibilidad de hacer nada con sentido, planeado, fuera del ámbito de los sentidos.

“Iglesia y Estado no ayudan a la condición gay. Aun hoy la batalla es disparada: se trata del enfrentamiento del sujeto solo contra las instituciones. Una pareja tiene que luchar contra esas dos fuerzas que desde el ágora y el templo niegan la posibilidad, la viabilidad, y restringen el reconocimiento, desconociendo y empobreciendo las posibilidades humanas de relación”. La pareja “no solo se consolida por la decisión de dos, lo que constituye tan sólo el inicio, es preciso que alguien desde el exterior sostenga esta relación, atestigüe su existencia y le ofrezca el beneplácito”.

Antonio Marquet reconoce la propuesta de Cindy Lefevre para analizar la condición gay desde el patriarcado y cuestionar así las supuestas propuestas de cambio social, mientras se reafirma una estructura social de dominación y se asume la representación de un pensamiento binomial que enfatiza la misoginia. Reconocer que “no encuentra la definición más operativa de homofobia, es decir, que tome en cuenta la universalidad de este fenómeno y la particularidad de los casos, que sea al mismo tiempo englobante y

permita dar cuenta de lo que se escucha en el entorno, o lo que vivimos en carne propia, de lo cual no hay conciencia precisa por ser un fenómeno tan amplio”. Considera que “la injuria es una cita.

Quien la realiza toma la investidura del discurso hegemónico y desde ahí descalifica: niega al otro cualquier rasgo, cualquier atributo”. Y señala “con la injuria se desvanece cualquier característica o cualidad individual. Su personalidad es borrada; literalmente nada positivo le queda”. No obstante, aclara, “el homosexual nunca está completamente en el clóset, porque por lo menos existe una persona que conoce o sospecha de su inclinación; ni tampoco está completamente fuera porque indefectiblemente surge la obligación de callar la identidad en alguna situación”. Es más, para las personas con distintas orientaciones sexuales a la heterosexual, aunque hayan decidido estar fuera, hacer pública su condición, el contexto mismo les regresa al silencio, a la imposición de otra realidad. Al no sospechar, se asume que eres heterosexual y desde ahí se relacionan con una.

Marquet coincide con Núñez Noriega en “la necesidad de pensar nuevas formas de analizar la homofobia, y en la necesidad de encontrar una salida al abordaje de ésta que no sea el de las estadísticas”. Contrario a lo que muchos han pensado, y como señala Hopkins “la homofobia no es un prejuicio social que pueda ser eliminado a través de la educación o la sensibilización a la tolerancia”. La persuasión no es una herramienta suficiente para derrumbar un estructura que da sustento al sistema de género binario y al heterosexismo.

Es decir, apelar a la “tolerancia” es de nuevo exigir un esfuerzo personal que

difícilmente logra trastocar la estructura de poder. A pesar de que estas aproximaciones pueden ser útiles, no llegan a la base para permitir una transformación real. Porque a los juegos y prácticas sexuales con personas del mismo sexo aún “se trata de mantenerlas bajo el silencio: como si para entregarse a ellas fuera necesario una coartada”. Una justificación social enmarcada en el acentuamiento de la masculinidad; pero, sobre todo, con una abierta expresión de la homofobia y la eliminación de cualquier índice de feminidad.

La coartada para Marquet “parece ser un discurso que tiene como síntoma un profundo malestar, una profunda inadecuación con los discursos heterosexual y gay prevalecientes”, aunque subraya “la necesidad de no excluir como causa de ello el peso de la censura”. Así reclama que el problema de la homosexualidad en la sociedad no es una cuestión de permisividad, sino de una actitud no vigilante sobre la vida sexual. Ya que “a la sombra de una actitud permisiva florecen marginalidades”. Y porque finalmente “el que permite, mantiene siempre el poder, es siempre el patriarca”, de ahí los mil y un cuestionamientos que se han levantado a la tolerancia.

No obstante, a través del diálogo con distintas propuestas, como la de Guillermo Núñez y Cindy Lefevre, camina por los intersticios del discurso académico, como el de los encuentros sexuales, para hacer evidentes las distintas formas de representación de la homofobia. Cuestiona así las aproximaciones simplistas, como aquellas que incluso se podrían considerar progresistas y liberadoras, para invitar a una mirada más acuciosa que no deje de lado alertas que el discurso mismo nos ofrece para analizar la realidad que cada día en-

frentamos, vivimos. Al mismo tiempo, recrea la riqueza de los testimonios para exigirnos ir más allá de la anécdota y de las complicidades que la informalidad y la aparente aceptación de que a través del velo impuesto a la palabra en el juego sexual nos pueden confundir, pero sobre todo impedir el comprender el juego de poder involucrado, entre quien calla y quien silencia, entre quien banaliza y quien juzga.

En un recorrido por la cartelera cultural del verano del 2001, Marquet retoma algunas de las representaciones de lo gay en la plástica, el cine, el teatro y la literatura, espacios donde lo travesti y lo gay muestran sus artificios en obras tanto de corte popular como en abordajes de lo clásico. Así, transita entre autores y manifestaciones, en un recorrido paralelo con las notas periodísticas y algunas declaraciones oficiales. Su análisis crítico nos deja ver cómo las expresiones culturales dejan ver también, en sus representaciones, las distintas expresiones que la homofobia puede tener, desde la burla y el cuestionamiento a la identidad misma, hasta actos brutales como la violación. Al mismo tiempo, esta homofobia se expresa también en el tratamiento que las distintas expresiones culturales tienen, tanto para su reconocimiento como para su posibilidad de representación.

Marquet considera que Carlos Márquez, “transforma el arte, la historia de la pintura en un retrato de la actualidad que interroga un discurso que la sociedad considera natural. Así, coinciden lo antiguo y lo mítico con una publicidad sin otra aspiración que la mercadotecnia”. Al mismo tiempo, Marquet nos convoca a mirar en el bastidor de la obra exhibida un espacio de justicia, en la medida en

que se concibe y se exhibe en un país asolado por la impunidad secular, porque el arte gay va más allá de la autoexposición, como la obra de Daniel Lezama, para denunciar “la falsedad de una sexualidad bipolar, y todo aquello que sirve para interrogar esta estructura dicotómica y mostrar la problemática y riqueza de la sexualidad”. Es decir, elude tajantemente la normalidad. Asimismo, retoma los espacios eminentemente gays, para develar y disfrutar la intención de tomar a la comunidad gay “como un público importante, un público digno para ser considerado como destinatario de un trabajo, de una búsqueda experimental, de una empresa cultural”. Es el caso de La Semana Cultural Gay y el Foro de la Comedia.

En las obras cinematográficas que retoma, mira como “la violencia flota en el ambiente... tan sólo para introducir de la manera más humillante su placer”. Y mira cómo la homosexualidad se psiquiatriza, y se presenta de manera violenta, representando el límite de la amistad; se manifiesta así como una opción viable imposible que define las rupturas necesarias que los sujetos enfrentan. Así, deja ver cómo la homosexualidad se llega a constituir en un “saldo del itinerario juvenil”, que muestra la soledad y psicosis de los personajes y marca una cierta imposibilidad de la amistad.

Marquet incluso incursiona en el análisis de las representaciones lésbicas, donde el abandono, el estigma, la exclusión, nos muestran a mujeres maravillosas y fuertes que ceden a los convencionalismos sociales; a asesinas resultado de un sinfín de traumas, para reafirmar el temor, el miedo, la distancia necesaria que nos impide ver todo lo que de humano hay en estas historias. Marquet considera que

cuando en las representaciones teatrales se aborda la temática del SIDA, el hecho de “no mencionar la enfermedad da a la representación un aspecto siniestro, una atmósfera opresiva”, que lleva a vivir el SIDA “como castigo y forma de acallar ese júbilo estrepitoso de vivir la diferencia”.

Así los homosexuales, como otros personajes que viven fuera de la sociedad “provocan en su entorno un sentimiento de extrañeza; que no marchan al ritmo que les marca la sociedad, que no bailan al ritmo de su monótono tam-tam”. “La tensión se produce con la mediocracia social: es la persecutora del gay, la clase cuyo único lujo puede ofrecerse es la intolerancia, la que pretende elevar sus clichés a la categoría de verdades absolutas. Y se pregunta... ¿Qué sucede cuando llegar a la edad de hombre, significa optar por una versión de la masculinidad diferente de aquello que parece el promedio? Donde en la película *Justo a los diecisiete* se muestran las vacilaciones, el extrañamiento, las ilusiones, decepciones, sorpresas, vergüenza, alegrías y goces.

Pero el autor expresa un temor, la comunidad gay que ha tomado la palabra y se ha plantado con su deferencia ante la sociedad homófoba, ¿permitirá a los tarufos, sean autoridades religiosas o delegacionales, seguir con una grotesca comedia de la moral única? Y yo diría, de verdad creen que existe una moral única? ¿Entonces qué defienden, o mejor dicho, qué esconden?

Porque Marquet identifica los paralelismos que evidencia la obra de Nahum Zenil entre el nacionalismo, la religión y la institucionalización de la familia, que desprovistos de razonamientos han convertido la fuerza primitiva en fundamentalismo. En este caso el retrato no repro-

duce los rasgos de la cara sino las condiciones violentas del nacionalismo, garante de otros *ismos*, como el sexismo, el machismo, el clasismo, el racismo y el fanatismo. Al mostrar sin ambages aquello que la sociedad prefiere mantener en el silencio, sin imagen, fuera de la representación iconográfica, fuera de la palabra, la obra exige una nueva mirada a la realidad misma.

La Semana Cultural Lésbico Gay, es retratada por Marquet con un detallado recorrido por varias de las obras ahí presentadas, de las que nos muestra sus particularidades, al mismo tiempo que nos ofrece elementos interpretativos de sus motivos, y una entrevista al curador de la última emisión, lo que nos deja ver la riqueza exhibida en este espacio. Y es que en sus de 19 años se constituyó en el espacio propio, donde cientos de artistas nacionales y extranjeros plasmaron su obra, representaron los personajes y donde día a día, cientos de hombres y mujeres abarrotaron las actividades, en una solaz identificación con quienes ahí estaban, con quienes ahí se representaban. La remodelación del Museo del Chopo, su sede, la ha sacado; la huída, a través de la muerte, de Pepe Covarrubias, la dejó huérfana; confiemos que ésta se recupere y que las autoridades universitarias dejen recuperar ese espacio que les es propio.

Con la muerte en la calle, Marquet nos lleva a la florida ceremonia de los muertos por el SIDA que año con año en la explanada de un tradicional parque celebra la comunidad. Es ésta una celebración que arranca las imágenes deterioradas de los cuerpos, las miradas, las travesías para llenarlas de luz, donde además los familiares, las parejas y los amigos rinden tributo a quienes se atrevieron.

Un apartado especial merecería la expresión travesti, de la que Antonio se ha convertido casi un *vouyer* que atrapa continuamente en su lente. Esta es la expresión más gay para heterolandia. Una expresión que aun para el mundo académico, representa todavía, uno de los retos importantes. Porque como señala Marquet, “el hecho que se *hace de* es hablar de la anulación de sí en función de lo más irrealizable de sus aspiraciones y anhelos: ser otro”. Efectivamente, el travestismo, el transformismo, es una de las expresiones culturales más evidentes de los espacios gay, pero aunque no necesariamente son interpretadas por un gay, es la representación a través de la que se reafirman las confusiones sobre lo *queer* o se justifica un conjunto de resistencias a lo diferente.

Pero en las representaciones ‘trans’ también hay otro juego, un goce lleno de complicidades entre el público y el *performer* travestido, pero no es algo simple, ya que el espectador ha de compartir un horizonte cultural popular, sin el que se queda fuera del juego, aunque como espectador. El transformismo es un ritual como muchos otros. Nuestra vida social está llena de transformismo. El *transformer* está tratando de ser otra, pero si no conozco profundamente esa otra no puedo jugar su juego, y eso si es parte de una cultura gay particular, apropiarse de esa cultura popular hasta el más ínfimo detalle.

Sin la posibilidad de agotar el texto, habremos de reconocer que la sexualidad en sus más diversas expresiones ha tomado la calle; la Marcha del Orgullo desde 1979, año con año ha visto crecer y enriquecer sus expresiones. Las distintas manifestaciones culturales que este libro nos relata, han plagado los espacios públicos

para llevarlas hasta los rincones inimaginables, como el sagrado hogar, la pantalla grande, las librerías, los teatros, las procesiones y las galerías.

La Semana Cultural, por la que habrá que luchar para que permanezca y continúe más allá de sus veinte años, nos ha ofrecido un espacio rico en convivencia con y entre nosotros mismos, donde se recrea emotivamente nuestra cotidianidad, nuestra lucha y retos más importantes. La apropiación del Hemiciclo y hasta de Bellas Artes llevó a la conquista de una ley que hoy legitima las sociedades de convivencia, desde donde se mira acuciosamente el matrimonio y esas ideas que todavía hoy conforman el vivir en pareja. El patriarcado y su heterolandía están en juicio.

El texto de Marquet nos ofrece miradas distintas para el análisis de la gaycidad en México. Sus interpretaciones psicoanalíticas, así como el análisis literario y discursivo, desde la propia experiencia, como desde las diversas manifestaciones, nos permiten adentrarnos en aquellos escondrijos en los que muchos no vemos lo evidente. La mirada crítica de Marquet busca señalar las contradicciones, llevar a su justo nivel la valoración de las aportaciones. Sin menoscabo de las obras, evita la mirada complaciente. Su recorrido cultural deja ver la avidez con la que a estos espacios se acude.

El texto de Antonio Marquet es así una obra que con fino sentido del humor y pinceladas de ironía, nos confronta con

una realidad cotidiana que aunque se niegue no deja de estar; al mismo tiempo que nos pone sobre la mesa una riqueza cultural por mucho tiempo negada, y todavía hoy poco comprendida.

El texto además está acompañado con las imágenes fotográficas, de la ciudad de México y de Guadalajara, del mismo autor, que develan esa realidad lúdica tanto de los espacios cotidianos, como de grandes celebraciones, nos adentra así, en los recovecos de la cultura gay de la Ciudad de México, en sus múltiples expresiones, pero no en un recorrido sólo de espectadores, sino como parte del corazón mismo de la comunidad, como los actores y autores aquí expuestos.

Mis comentarios difícilmente podrían dar cuenta de la amplia riqueza de este libro, porque no es, para mí, un texto que se lee de corrido, más allá del volumen, es un libro que recrea la vida cultural y las experiencias vividas o deseadas, que se hojea, se consulta, se mira de vez en vez, para volver a él. Que da pistas y rememora hechos, que muestra lo que no pude ver y reivindica fuertemente lo que se cuestiona. Es una obra que, para quienes formamos parte de esta comunidad, posibilita identificarse y recrearse, y para quienes la rodean, acercarse más y tal vez comprender mejor invito a su lectura.

Gloria Careaga Pérez
Psicóloga social